

De niños y gallinazos

KARINA PACHECO MEDRANO

De lejos, solo eran gallinazos. Estábamos en 1981, los canales de televisión no sumaban más que cuatro; a mi ciudad, el Cusco, apenas llegaban dos. Sin cable ni plataformas de películas, no podíamos evadir los muchos noticieros que ocupaban las pantallas, tampoco había controles remotos que con un clic nos sacaran de la vista contenidos ingratos, realidades dantescas que aleteaban a nuestras espaldas. La violencia política aún no había estallado con sus olas de sadismo, ni se le prestaba gran atención. En las noticias y los reportajes se solía hablar de crisis económica y pobreza. De vez en cuando aparecía la miseria expandida por las grandes ciudades, particularmente infernales emergían los basurales de Lima y sus trajinantes. Impresionaba. Mucho. Sin herir el pie, sin que el hedor alcanzara nuestras narices de colegio particular. No punzaba el hambre.

Estaba en octavo grado. Para la clase de Literatura, el profesor Zárate nos daba a leer textos diversos. El pie infectado, la fetidez de los basurales, el hambre retorciendo las tripas, un ogro que ha tomado la forma de un cerdo, las maldiciones de un abuelo, todo eso llegó con un cuento. También la inquietud sobre mi ubicación en el mundo. “Los gallinazos sin plumas”. Efraín, Enrique, su perro Pedro. Ese era el país que miraba de lejos. Aunque cupiera en el mismo mapa que yo habitaba. Aunque también yo tuviera un perro. Esa era también la literatura.

Cuatro décadas después me pregunto qué animó a nuestro profesor a elegir ese cuento para sus alumnos de doce y trece años. Imagino que admiraba a Ribeyro y conocía el poder de la literatura para traspasar muros. Quizás tenía la esperanza de despertar nuestra conciencia a la realidad de otros niños, tan próximos y tan lejanos: a su herida sin medicinas ni tregua, a su vida maldecida por muchas cosas y, en último tramo, por un abuelo. Ribeyro no nos dice qué edad tienen, tampoco quién es mayor o menor, pero cada cual podía identificarse con ellos. Imaginé a Enrique con los doce años que yo tenía y a Efraín como su hermano pequeño. Aunque no viviesen en el Cusco ni estudiaran en un colegio donde niñas y niños respiraban su vida de gallinazos a través de un libro, los podía ver con su balde en su camino al muladar, algunos días trepando a los árboles que les permiten arrancar unas moras: Enrique y Efraín aferrados a la libertad de ese momento, así como sus pequeños lectores nos aferrábamos a esa imagen para proseguir con el cuento.

“No son los únicos”, apunta Ribeyro, y desde el asiento del colegio, o tal vez desde el comedor de mi casa, seguí leyendo, estremecida, como si ante mis ojos pasara ese ejército de pobres al amanecer, como fantasmas en la niebla, avanzando hacia los basurales para buscar alguna fortuna. ¿Qué es la fortuna? De los espacios en blanco del libro emergían preguntas. ¿Por qué azar podía yo estar sentada en una silla, con la sola tarea de estudiar y la certeza del diario desayuno, almuerzo y cena, además de una manzana y una hamburguesa en la lonchera? Efraín se ha cortado el pie, le duele, tiene fiebre, no puede ir al muladar; en el chiquero, el cerdo Pascual berrea exigiendo comida; el abuelo insulta a sus nietos, los llama ociosos, se desespera. Enrique también ha caído enfermo, pero se levanta, sale a trabajar. De repente, en medio de ese infierno, en los basurales encuentra una perla: un perro flaco que ahora lo acompañará en sus afanes y juegos.

En las clases de religión habíamos leído muchas historias de la Biblia. “No arrojéis vuestras perlas a los cerdos”, había dicho Jesús. Sin haber entendido bien el significado de esas palabras, en aquel cuento vi literalmente cómo la perla de Enrique era arrojada a las fauces de un cerdo. En nombre de la supervivencia y la codicia, la inocencia de esos niños también fue arrojada al chiquero. Escribo esto y me resuena. Lima y los cerdos. O el Perú que sigue entregando a millares de sus niños a muladares y diverso tipo de angurrias.

Ribeyro me mostró a esos gallinazos de cerca, como si sus alas rotas estuvieran rozando mis cabellos. A través de un cuento, me hizo ver sus pasos perdiéndose en la ciudad y, más allá del balde donde seguirían recogiendo sobras, desperdicios, me mostró que, como yo, eran niños. ¿A dónde se fueron Efraín y Enrique? Ahí nos dejó la pregunta. Abierta. Terrible. Mientras el abuelo feroz, sin haberlo imaginado, terminaba engullido por el monstruo que él mismo había alimentado.

De las innumerables lecturas que me dieron a leer en el colegio, este cuento es el único que me tocó, removiéndome, marcó. Ahora me pregunto cuánto de lo que primero nos estremece como literatura marca nuestra mirada, nuestra obsesión, nuestras tramas.

A medio año, el profesor Zárate se desplomó en plena clase. Sus alumnos nos asustamos, salimos corriendo, como si la muerte nos estuviera persiguiendo. Después de unas semanas volvió, tan solo para despedirse. Se disculpó por el mal rato que nos había hecho pasar. Creo que ninguno de nosotros se disculpó con él por no haberlo socorrido. Nunca más lo volví a ver. No sé a dónde se fue. Y, sin embargo, a través de un cuento, derribó un muro. Y desde sus escombros, con Enrique y Efraín, con su perro Pedro avanzando en el despertar de la neblina, ingresé al mundo de ese barón rampante llamado Julio Ramón Ribeyro.

Kigali, 3 de abril del 2024